

PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 171

25 cts

27 MAYO
1928



—¡SE ME HA OLVIDADO EL SOMBRERO EN CASA, NOTENGO CABEZA; VOY A COMPRARME UNO!
—¿Y PARA QUE LE QUIERES SI NO TIENES CABEZA?

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

I

En el bosque de Párgolowo.

—¿Estás bien seguro?

—¿Segurísimo!—le replicó tranquilamente el joven ayu-

dante a su profesor, levantando el rostro lívido que tenía inclinado sobre una gran cápsula de vidrio, en la que sin ayuda del fuego bullía y humeaba un líquido verdusco.

El profesor Jorge Michailowitch Guthowsky se calió sin apartar por un solo momento los ojos de aquella mezcla.

El gabinete científico volvió a sumergirse en un profundo silencio, turbado únicamente por la respiración de los dos hombres de ciencia y la ebullición del líquido.

El laboratorio del profesor Guthowsky tenía un aspecto mucho más extraño que el que suelen ofrecer los laboratorios de ciencia biológica.

Veíanse en él todos los aparatos más recientes y delicados de fisiología; los esfigmómetros para medir el pulso; los medidores de la velocidad del pensamiento; el electrómetro capilar de Lippmann, capaz de fotografiar la cantidad de electricidad desarrollada por las contracciones del corazón; los mecanismos más perfectos para mantener vivos, por medio de la circulación artificial, corazones de mamíferos separados del organismo; instrumentos para inmovilizar a los animales durante los experimentos; ingeniosos «dispositivos» para recoger, conducir y modificar la corriente eléctrica con la misma prontitud y facilidad con la cual un experto ingeniero sabe servirse de una corriente de agua.

En una vitrina estaban alineados en orden numerosos ejemplos de cerebros de animales, grandes troncos nerviosos, secciones bien conservadas de la medula espinal, y todas estas piezas anatómicas ofrecían a la vista tal frescura por la consistencia y el color como si acabasen de abandonar el organismo a que pertenecían.

Otra parte de la habitación estaba ocupada por una librería. El que se hubiese tomado la molestia de examinar el lomo de los numerosos volúmenes, cuidadosamente ordenados, habría visto que todos trataban del mismo asunto. La librería contenía una riquísima colección, desde el punto de vista cronológico y científico, de todas las obras producidas por el ingenio humano acerca del ocultismo. Los preciosos documentos seguían con rara exactitud la historia de las indagaciones llevadas a cabo por la mente del hombre acerca del misterio de la vida, y partían del período maravilloso de la antigua civilización asiria, babilónica, india, china y egipcia, para llegar al través del importante movimiento ocultista de la Edad Media a las indagaciones mucho más recientes realizadas por los observadores más valerosos y más sabios de Europa y América.

Basta con decir que todos los asuntos relacionados con las ciencias ocultas estudiábanse en ellos con una gran copia de manuscritos antiguos y de papiros preciosísimos; y en aquella notabilísima colección no faltaba ninguna de las obras conocidas de cabalística, nigromancia, quiromancia, astrología, alquimia, magnetismo, mesmerismo e hipnotismo.

A lo largo de otra pared había una vitrina, donde estaban colocadas en buen orden innumerables botellas llenas de líquidos de todos colores, de probetas, de barritas, de

cápsulas de porcelana, de retortas y de largos tubos de vidrio de todas dimensiones.

Debajo de la vitrina, en un compartimiento especial, estaban encerrados magníficos instrumentos de precisión, como balanzas, niveles, micrótomos. En un ángulo surgía, sobre una columnita, un microscopio, protegido por una campana de cristal y provisto de una serie de objetivos preciosos, por la potencia, la sensibilidad y la delicadeza.

Sobre una puerta del muro veíase escrita esta palabra:

«APOCALIPSIS»

¿Qué es lo que había querido significar el profesor con esta terrible palabra bíblica que recuerda las espantosas visiones de San Juan Evangelista, el iluminado de Patmos?

Ninguno hubiera podido dar a este respecto una respuesta satisfactoria, porque aquella puertecita, siempre cerrada, se abría únicamente como las cajas de caudales, con un mecanismo del cual sólo el profesor conocía el secreto, y nadie más; ni siquiera el ayudante, el doctor Wassili Dimitrovitch Orloff había podido penetrar nunca en el gabinete prohibido.

Estas tres habitaciones ocupaban el ala derecha del primer piso del edificio. En el ala izquierda estaban el dormitorio del profesor y del discípulo, el comedor, la cocina y el cuartito de la vieja Marta, la fiel y paciente servidora. En la planta baja estaban situados los establos y las cuerdas de los animales grandes y pequeños destinados a los experimentos, la cochera para la *troika* del profesor y la acometida de la energía eléctrica central, para poner en movimiento la formidable máquina eléctrica situada en el piso superior.

La casa de campo, pequeña pero que reunía todas las comodidades, estaba coronada por una sólida y elegante torrecilla, provista de todo lo necesario para las observaciones astronómicas más importantes, y alzábase en una explanada abierta en el centro del inmenso bosque de Párgolowo, en los alrededores de Petrogrado.

El profesor había escogido aquel lugar apartado, entre los abetos seculares, en una soledad casi absoluta, porque detestaba las fases brutales de la lucha cotidiana por la existencia, entablada sin tregua ni descanso por los hombres, y porque necesitaba de la más profunda quietud para consagrarse a los difíciles estudios y a las misteriosas indagaciones, de las cuales no había querido transmitir la comunicación más mínima ni el indicio más leve a ninguna de las innumerables revistas o Academias científicas de Europa y América.

El profesor Guthowsky, tenido en Petrogrado por las Academias e Institutos por un excéntrico y por algo menos que un loco, llevaba en la casa de campo de Párgolowo una vida de eremita, persiguiendo, con la única ayuda de Wassili Dimitrovitch Orloff, su discípulo predilecto, sus indagaciones misteriosas. Pero por eso no hay que creer que el doctor Wassili Dimitrovitch Orloff conociese todos los resultados de dichos estudios y de dichas experiencias. Cuando el profesor se encerraba en uno de los cuartitos señalados con los dos rótulos misteriosos no consentía ni que le siguiera Wassili, de modo que aunque el ayudante conocía los resultados parciales de las investigaciones, no se hallaba en estado de coordinar los hechos que debían realizarse en condiciones maravillosas y por medio de instrumentos y de mecanismos prodigiosos.

Uno de los motivos que inducían al doctor Wassili Di-

mitrovitch Orloff a renunciar a su educación en los Institutos científicos oficiales y a soportar las extravagancias de su profesor, era precisamente la esperanza de poder conocer cualquier día, por casualidad, por medio de la astucia o porque así lo quisiera el profesor, aquellos maravillosos secretos científicos que habían de llenar de asombro al Universo el día en que su descubridor se decidiese a revelarlos. Pero Wassili ocultábase cuidadosamente su recóndito pensamiento al profesor, porque éste veíase siempre asediado por la duda de que alguien pudiera robarle sus secretos y hubiera despedido inmediatamente a su ayudante a haberse imaginado únicamente el propósito de Wassili. En aquellos últimos tiempos el profesor había enfermado de una fiebre repentina y violenta, durante la cual había tenido muchas horas de delirio. La vida del profesor estuvo por un momento en peligro. Wassili y Marta, asustados, llamaron para que asistieran al profesor a dos antiguos amigos suyos, que iban de cuando en cuando a visitarlo. Sin embargo, salió victoriosa la complejión robusta del enfermo, y a los pocos días volvió el profesor a su gabinete. Pero estaba atormentado por una duda. ¿Habría pronunciado durante el delirio alguna palabra que pudiese poner a los que escuchaban sobre la pista de los preciosos secretos que había descubierto sin revelárselos a nadie?

Apenas acababa de recobrar el conocimiento, pegó un salto en el lecho y, sentándose en él, preguntó a gritos:

—¿He hablado? ¿Qué es lo que he dicho?

Sus amigos, que conocían las singularidades de su colega, se apresuraron a tranquilizarle. Pero el profesor no se fiaba de ellos. Quiso interrogar también a Wassili y a su fiel Marta.

Esta, que poseía una instrucción muy limitada, no había podido comprender el sentido de las incoherentes palabras pronunciadas por el profesor durante su delirio, y Wassili juró solemnemente no haber oído ninguna palabra sospechosa.

El profesor, sin embargo, continuaba atormentado por la misma duda, y a pesar de estar ya curado y muy lejos de aquel malhadado delirio, le repetía a su ayudante por la milésima vez la misma pregunta.

—¿Estás bien seguro?

Y el ayudante, imperturbable, repetía por la milésima vez la misma respuesta:

—¡Segurísimo!

A la pregunta y a la respuesta sucedió un silencio sepulcral.

El laboratorio del profesor tenía siempre un aspecto singular; pero aquella noche tenía, en realidad, un aspecto más macabro que de costumbre.

Pendía del techo una extraña lámpara, compuesta de un tubo de vidrio de unos cinco centímetros de diámetro y de cerca de dos metros de largo. El tubo, privado del aire, contenía vapores de mercurio y estaba atravesado por una fuerte corriente eléctrica. El aparato difundía en torno suyo una luz lívida, entre verdusca y violada, parecida al color de los labios de los cadáveres. Todos los objetos del laboratorio aparecían bañados en aquellas tintas macabras, hasta las mismas cabezas de los dos sabios, que parecían dos espectros. El que hubiese entrado allí de improviso a aquella hora, al ver a aquellos dos hombres de tez lívida, de labios amoratados, en cuyos ojos resplandecía una luz espectral, se hubiese imaginado llegar a un rincón espantoso del Reino de la Muerte.

Pero ni el profesor ni su ayudante parecían percatarse del aspecto terrorífico que tenían, enfrascados y absortos como estaban en la observación de la substancia contenida en la cápsula.

La casa de campo estaba envuelta en un silencio vasto y solemne. Fuera la temperatura debía ser inferior a los veinte grados bajo cero, porque si bien es verdad que los cristales de las ventanas eran dobles, como se acostumbra generalmente en Rusia, estaban cubiertos de incrustacio-

nes de hielo. En un ángulo ardía silenciosamente una gran estufa de *terra cotta*, dejando asomar por la abertura de la chimenea dos grandes troncos rutilantes bajo una leve capa de ceniza. De cuando en cuando, el sordo ruido de un cuerpo al caer rompía el silencio. Eran sin duda grandes copos de nieve que, impelidos por su propio peso, se derribaban desde las copas de los abetos sobre la densa capa de nieve extendida en el suelo.

Alguna idea tenaz llenaba de arrugas la frente del profesor, que inclinó el rostro sobre la substancia misteriosa, puso a prueba su consistencia con una varilla de cristal, y luego, volviendo a sumirse en el pensamiento que lo atormentaba, murmuró por lo bajo como hablando consigo mismo.

—¿Me dejaste a menudo durante el delirio?

Wassili no le contestó en el acto. El viento del Norte silbaba con violencia, atravesando el bosque con lúgubres aullidos. El espíritu del joven ayudante sentíase subyugado sin querer por la obscura fascinación de aquella amenazadora noche invernal en la soledad de la selva.

—Raras veces—repuso tras una breve pausa.

—¿Solo?

—No; con el doctor Somiesky y el profesor Suvoff...

—¡Suvoff!... —murmuró el profesor como un eco.

Los dos hombres de estudio parecieron concentrar nuevamente su atención en el líquido que comenzaba a condensarse con lentitud, manifestando acá y acullá sutilísimas estrías.

Una ráfaga repentina sacudió en aquel momento los árboles del bosque. Al ruido taciturno del follaje mezclóse el crujido de las ramas y un silbido agudo y penetrante que fué a extinguirse a lo lejos, semejante a un gemido de dolor. La casa de campo, acometida por aquella poderosa corriente, se estremeció, y los aparatos y los cristales produjeron un tintineo siniestro.

—Se nos va a llevar el viento—dijo con voz vibrante Wassili.

El profesor miró fijamente a su ayudante con una gran tranquilidad.

—¿Acaso no debe llevárenos a nosotros cualquier cosa? El viento, el terremoto, la peste, la horca autocrática o la bomba revolucionaria, son formas diversas del mismo destino reservado a lo que nosotros llamamos vida humana. Función sublime, automatismo milagroso que ningún hombre ha llegado todavía a detener o a reanimar. Tan sólo ha logrado el hombre despedazarlo como un niño que rompe su juguete sin saberlo reconstruir, o por lo menos arreglar.

La voz del profesor, al pronunciar estas palabras, revisióse de una profunda melancolía. Otro agudo silbido rasgó las tinieblas de la noche con modulaciones de un llanto trágico, casi humano. La mente de los dos hombres debía encontrarse impulsada por las cosas en un pensamiento común. También el profesor exclamó con voz trémula:

—¡Dijérase que pasa la locura sanguiñaria!

Luego añadió con angustia:

—¡Ah! ¡Quién pudiese detenerla!... ¡Quién pudiese decirles a los hombres: ¡Ah ciegos y locos que compráis a tan caro precio la desventura, cuando Dios os ofrece la felicidad por nada!...

Un grave silencio sucedió a estas palabras. Pasados algunos momentos, el sabio levantó la cabeza y exclamó como inspirado:

—¿Cuándo querrá concederle Dios la paz y la libertad a nuestra tierra atormentada?

Al pronunciar estas palabras, el profesor dejó de parecer por un momento el hombre rígido que no había vivido más que entre los áridos experimentos científicos, sino una noble conciencia sacudida y agitada por una voz poderosa, llegada de lo desconocido, pero impetuosa, de vívidos orígenes.

(Continuará en el número próximo.)

HOTEL

DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO



LA ESTRELLA DEL SUR

CUENTO POR

F. S. A. G. A. R. O

El descubrimiento de las minas de diamantes de Rhodesia, una de las regiones más vastas y salvajes del África meridional, que limita con las repúblicas de Orange y Transvaal y en aquella época poblaban sólo tribus de negros, continuamente en guerra unos con otros, había atraído de todas partes del mundo una multitud de aventureros, ansiosos de riquezas.

Se narraban cosas extravagantes y se citaban extracciones fabulosas, que no podían menos de alterar la calma de los mineros. Los primeros en acudir, según la voz popular, se habían enriquecido en pocas semanas de trabajo, recogiendo casi a flor de tierra diamantes como nueces, cuyo valor sobrepasaba las cien mil libras. No es de extrañar, por consiguiente, que sobre los campos diamantíferos cayera una verdadera nube de franceses, ingleses, alemanes, americanos y hasta amarillos, procedentes de la remota China.

Uno de los primeros en llegar había sido Im Setter, joven intrépido y vigoroso, hijo de un armador de Durban que había perdido todos sus buques, uno tras otro, a consecuencia de una serie continua de desastres marítimos.

El joven Im, con la esperanza de rehacer rápidamente un capitalito y mitigar la triste suerte del desgraciado anciano en sus postreros días, aventuróse en la Rhodesia, acompañado de algunos aventureros de fama dudosa.

Llegaron cuando aun no se había efectuado el reparto de las parcelas o suertes, y el grupo se apropió un vasto campo en el que suponían que abundaban las piedras preciosas, poniéndose animosamente a trabajar, escarbando y removiendo con ansia febril el subsuelo.

Desgraciadamente, las voces esparcidas pecaban de

exageradas. No se podía negar que allí había diamantes; pero eran escasos, diminutos y de calidad inferior, lo que no llenaba las aspiraciones de quienes habían soñado con encontrarlos a paletadas tras los primeros

azadonazos. En vano el pobre Im y sus compañeros trabajaban con ahínco desde el alba al ocaso en la galería abieita con sumo trabajo, pues sólo encontraban de vez en cuando diamantes escondidos en el cuarzo, que es la piedra más dura que se conoce, hasta el punto de hacer saltar en fragmentos los azadones mejor templados y de mellar los más pesados picos.

Ya llevaban tres semanas en el campo de diamantes cuando un día Im, que había ido a cazar a los bosques cercanos en busca de viveres, bastantes escasos, encontró bajo un árbol a un cafre, bañado en su propia sangre. El desgraciado había recibido dos cuchilladas en el pecho, y estaba desvanecido a consecuencia de la enorme pérdida de sangre que manaba de sus heridas. Cualquiera otro minero no se hubiera detenido siquiera, pues la palabra «humanidad» no se conocía en los campos diamantíferos. Además, se trataba de un negro, de «un pellejo para vender», como suelen llamar los habitantes de Suráfrica a los pobres diablos que no son blancos. Pero Im, que era un muchacho excelente, se compadeció del pobre cafre, más aún al ver que se trataba de un hombre ya viejo. Tomóle en sus robustos brazos hasta el campamento, donde le cuidó con esmero, sin hacer caso de las risas y burlas de sus camaradas.

Aunque las heridas eran graves y el infeliz había perdido mucha sangre, poco a poco empezó a mejorar, a recobrar sus fuerzas, y, al fin, entró en un período de franca convalecencia.

Durante todo aquel tiempo nunca pronunció palabra, pero sus ojos se fijaban siempre, con un destello de gratitud, en el caritativo joven a quien debía la vida.

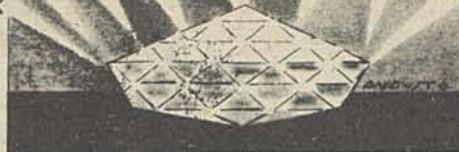
Tres semanas después estaba completamente curado.

—¿Quieres volver a tu tribu? —le preguntó Im, satisfecho de verle restablecido ya.

El cafre meneó la cabeza, diciendo:

—Yo soy desde ahora el esclavo del hombre blanco que me ha devuelto la vida.

—Así, pues, ¿quieres quedarte con nosotros? Te





adviento que el trabajo es muy pesado, y tú eres ya viejo —insistió Im.

—Quiero quedarme contigo para hacerte rico. Déjame sólo tres días para que vaya a ver a mis parientes, y a la vuelta te llevaré a un sitio donde podrás hallar diamantes a puñados, sin necesidad de cansarte como un perro.

Y se alejó sin añadir más, entre las risas irónicas de los compañeros de Im, que no creían lo más mínimo en las promesas del cafre.

—Te ha prometido riquezas para irse sin darte siquiera las gracias —decían al joven.

—¡Quién sabe! —respondía Im.

Pasaron los tres días, y el viejo no regresaba. Entretanto, la producción diamantífera era ya tan escasa en los pozos, que no bastaba para cubrir los gastos indispensables para el mantenimiento de los mineros.

Im comenzaba a dudar de la palabra del cafre, cuando, al quinto día, le vió aparecer de improviso, guiando cuatro pares de gigantescos bueyes del Cabo, que son casi dos veces mayores que los nuestros, cargados de sacos de piel, llenos, al parecer, de víveres.

—No me esperabas ya, ¿verdad, hermano blanco?— preguntó a Im, cuya sorpresa se advertía a simple vista.

—Te confieso que empezaba a dudar de ti —respondió el joven.

—Es que no había bueyes en mi tribu —dijo el cafre—, y he tenido que buscarlos en una aldea distante; por eso he tardado.

—¿Qué piensas hacer con estos animales?

En lugar de responder, el cafre señaló con la mano una montaña muy elevada que se perfilaba a lo lejos, diciendo:

—Detrás de aquella montaña, pasado el desierto, encontraremos diamantes a montones. ¿Quieres venir? Conozco una caverna en la que no tendrás más agacharte para cogerlos tan grandes como nueces; nuestros abuelos se servían de ellos para perforar las muelas del grano.

—¿Y qué llevas en esos sacos?

—Viveres, que nos harán mucha falta en aquel desierto. El viaje será peligroso y difícil; pero tú eres fuerte, y triunfaremos de los obstáculos.

—¿Podrán ir también mis compañeros?

—Haz lo que quieras.

Im llamó a los mineros y les refirió lo que había dicho el cafre. La proposición fué aceptada sin titubear, pues

los pozos, como antes se ha dicho, apenas producían ya más que algunos diamantes de insignificante tamaño.

El mismo día, la pequeña caravana abandonaba el campamento, después de correr la voz de que regresaban al Cabo de Buena Esperanza, con objeto de que nadie les siguiera. Si los otros mineros hubieran podido adivinar lo más mínimo, irían detrás para disputarles, aun a mano armada, el tesoro prometido por el viejo negro. La Rhodesia estaba entonces muy poco poblada, y hasta los negros, que mutuamente se hacían la guerra, destruyendo y saqueando sus respectivas aldeas, escaseaban. De modo que los mineros no tardaron en encontrarse en un país salvaje, en el que no se veían más que restos de cabañas y alguna pared ennegrecida por el fuego.

El cafre, que afirmaba haber ido más de una vez, en su juventud, a aquella caverna, situada al otro lado del inmenso desierto de Khama, a coger los diamantes que necesitaba su tribu para perforar las muelas trituradoras, condujo a los mineros a través de la alta montaña, guiándolos por senderos vírgenes hasta entonces de la huella de un pie humano, y con ellos descendió al desierto, que se extendía a su vista como un mar sin orillas.

Después de llenar los odres y de abreviar el ganado, siguieron andando por aquel suelo arenoso y candente, decididos como nunca a llegar a la anhelada caverna, que debía de estar situada en el centro de una cordillera cuyas cimas se reflejaban en el lago de Ngami.

Avanzaban penosamente, bajo una lluvia de fuego que reseca sus miembros, en pos del viejo, insensible en apariencia al espantoso calor. De árboles, ni el menor indicio; sólo de vez en cuando se ofrecían a sus ojos algunos matorrales muy espesos, casi secos, en donde pululaban los chacales, mezcla de lobo y raposo, que se alimentan de carroña y nunca son peligrosos para el hombre, aun reunidos en gran número.

(Continuará en el número próximo.)



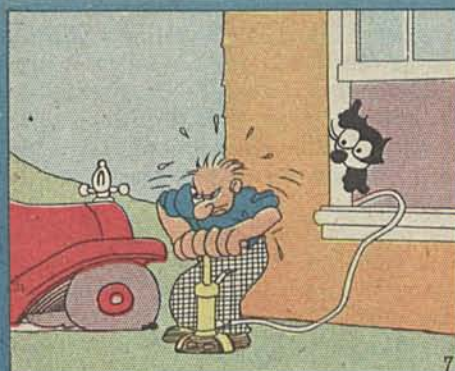


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

LA MADRASTRA

Castillo



El padre de Mari-Sol, que era viudo, volvió a casarse con otra mujer, que también tenía una hija.

Pronto comprendió Mari-Sol que el nuevo matrimonio de su padre había sido una desgracia para ella. La madrastra prefería a su hija y sobre Mari-Sol caían todos los quehaceres ingratos, todas las tareas penosas y todas las consecuencias del carácter despótico y colérico de su madrastra.

Mientras el padre vivió, aun tuvo Mari-Sol un defensor y un consuelo; pero pronto se quedó huérfana, y entonces la vida fue para ella tan triste y tan cruel, que hubo menester toda su bondad y su paciencia para soportar tanto desabrimiento, tanta crueldad del duro corazón de su madrastra.

Era una pérfida mujer cuya maldad llegaba al punto de querer deshacerse de la pobre huerfanita.

Una mañana de invierno, en que las montañas y valles estaban cubiertos de nieve, la madrastra hizo un vestido de papel, llamó a Mari-Sol, y le dijo:

—Ponte este vestido, vete al bosque y búscame una cesta de fresas; tengo grandes deseos de comerlas.

—¡Dios mío! —dijo la niña.— ¡Si en invierno no hay fresas!

La madrastra prorrumpió en terribles gritos y Mari-Sol sin decir más, tomó la cesta y llena de pesadumbre salió al bosque.

Todo estaba tan cubierto de nieve, que no se veía ni una brizna de hierba. A poco, asomados a la ventana de una casita, vió tres hombrecillos.

Al acercarse, les dió los buenos días. Los hombrecillos contestaron afablemente y la invitaron a entrar. ¡Hacía tanto frío!

Mari-Sol aceptó agradecida y se sentó en el banco junto a la lumbre para calentarse y tomar allí su almuerzo.

Los hombrecillos le dijeron:

—Danos alguna cosa.

—Con mucho gusto —dijo ella.

Y partió su pedacito de pan en dos y les dió la mitad.

Ellos la preguntaron:

—¿Qué vienes a hacer en el bosque ahora en invierno con ese vestido tan ligero?

—¡Ay! —contestó—, mi madrastra me ha mandado a buscar fresas, y no volveré a casa hasta que no tenga llena esta cestita.

Cuando hubo comido su pan, le dieron una escoba, diciéndola:

—Barre la nieve que se ha montonado delante de la puerta trasera de la casa.

Y mientras lo hacía así la joven, los tres hombrecillos se dijeron:

—¿Qué la regalaremos, puesto que es tan obediente y buena, y ha partido su pan con nosotros?

Entonces dijo el primero:

—Mi regalo es la inocencia.

El segundo dijo:

—Mi regalo es la beneficencia.

El tercero añadió:

—Mi regalo es la gloria.

Los que a la niña le parecieron hombrecitos, debían de ser ángeles enviados por Dios para proteger a la buenísima Mari-Sol.

La niña hizo lo que le mandaron; barrió toda la nieve, y ¿qué diréis que se encontró allí? El suelo cubierto de hermosísimas fresas maduras. Loca de alegría llenó la cestita, y, dando las gracias a los hombrecillos, se dirigió a casa muy contenta por haber hecho lo que su madrastra le había mandado.

Al pasar por delante de la casa de una vecina pobre y viuda a quien la niña conocía mucho, oyó sollozar. La puerta estaba abierta, y la niña, que era muy compasiva, entró, diciendo con cariñoso acento:

—Buenas noches, Andrea; ¿por qué llora?

—¡Ay, Mari-Sol!, ¿cómo no he de llorar, si se está muriendo mi único hijo? Tiene una calentura que le mata, y el médico me ha dicho...

—Déjeme usted que le dé unas fresas de las que traigo en mi cestita.

Y, diciendo y haciendo, tomó con sus deditos un par de fresas y las puso en la boca entreabierta del enfermo; y cuando las hubo tragado le dió otras dos, y luego otras dos, hasta doce. Entonces el moribundo abrió los ojos, y, mirando en derredor, dijo con voz muy débil:





—¿Quién está aquí?

—Es Mari-Sol que te ha dado unas fresas —dijo la madre.

—¡Gracias, Mari-Sol! Tus fresas me han aliviado mucho, y creo que pronto estaré bueno.

Como en efecto sucedió.

La pobre viuda creyó que aquellas fresas eran milagrosas, y, llorando de gozo, abrazó a la niña diciéndole:

—Dios te bendiga, Mari-Sol; eres el ángel de la caridad.

La niña salió de allí muy gozosa, diciendo:

—Ya sé cuál es el segundo regalo de los hombrecillos.

Al llegar a casa entregó las fresas a su madrastra, que la riñó mucho porque había tardado en volver.

—Eres —le decía— muy perezosa, holgazana y desobediente; no probarás las fresas, porque, como eres tan golosa, ya habrás comido bastantes. Toma ese pedazo de pan, y, después que hayas fregado, puedes acostarte.

La niña, que ni una fresa había probado, comió el pan, porque tenía hambre, y, después de fregar, se acostó. Por la mañana muy temprano le dijo su madrastra.

—Vete por agua, y lleva el hacha para romper el hielo.

La niña obedeció sin excusarse; y cuando estaba rompiendo el hielo, apareció un coche espléndido que, marchando con gran velocidad, volcó al bajar una pendiente resbaladiza; la huerfanita acudió corriendo a prestar el auxilio que pudiera y vió que dentro del coche estaban dos señoras gravemente heridas y privadas de sentido. La niña, haciendo tiras su pañuelito, las aplicó sobre las heridas, que instantáneamente se cicatrizaron. Entretanto, habían acudido muchas personas, entre ellas la madrastra con su hija. Cuando las señoras, que eran unas princesas, supieron lo ocurrido, dijeron a la huerfanita:

—Pide lo que quieras, hermosa niña.

—Para mí nada; pero para mi madre y hermana deseo que las favorezcan.

—Muy bien; si quieren, que se vengán con nosotras.

Excusado es decir que hija y madre aceptaron con mucho gusto. La huerfanita se fué a vivir con una tía suya, pobre, pero compasiva y cariñosa, que la recibió muy bien.

Desde aquel día entró la bendición de Dios en aquella casa, en donde se remediaban todas las necesidades. La niña,

que iba a cumplir diez años, hizo por Pascua su primera Comunión, y en la noche de aquel mismo día, estando acostada en su camita, al dar las doce llamó a su tía, y le dijo:

—Adiós, querida tía; me voy con tres angelitos que me llaman; adiós.

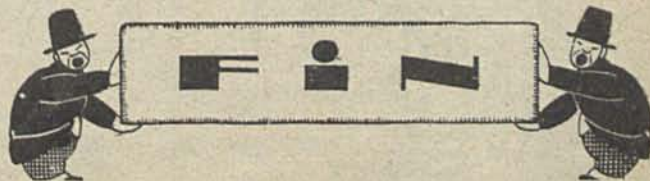
Cuando la buena mujer acudió, sólo pudo abrazar el cadáver de la dichosa huerfanita: su alma había volado al cielo.

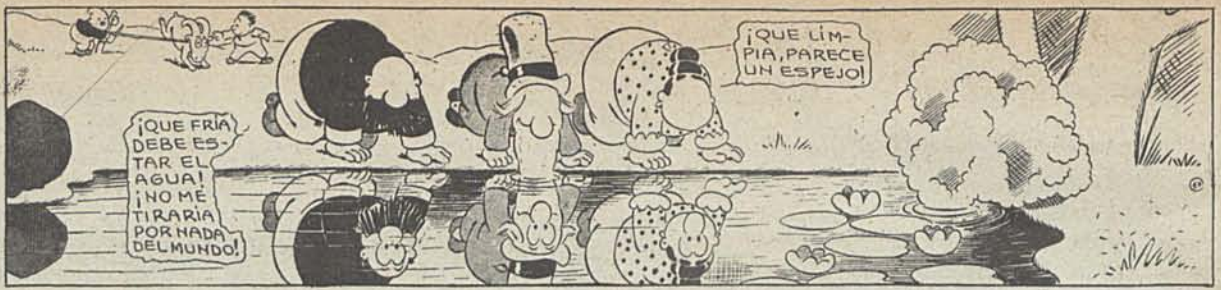
Entretanto, la madrastra con su hija vivían en un hermoso palacio con todo el lujo y ostentación de su vanidosa soberbia. La hija casó con un distinguido personaje, y eso aumentó su immoderado orgullo. Al cabo de un año tuvo un hijo, y entonces el amor maternal suavizó un poco aquel carácter duro y altanero; diríase que el niño iba a traer la felicidad a la familia. Pero el marido tramó una conspiración que fué descubierta, y los culpables condenados a muerte. La infeliz madre estaba dando de mamar al niño cuando recibió la infausta noticia. El niño murió a los pocos días; la madre y la hija, sin bienes, sin amigos, en el más completo abandono, se vieron sujetas a todos los rigores de la más espantosa miseria. Acostumbradas a una vida ociosa, inhábiles para todo trabajo, carecían de medios para ganarse el sustento necesario y no tenían humildad para pedir limosna.

Pasados unos días se corrió la noticia de que en una casita medio arruinada, fuera de la población, se habían encontrado dos mujeres cubiertas de harapos y transidas de hambre y frío. Nadie las conocía, y ellas se negaron tenazmente a dar informes a cerca de sus personas, limitándose a decir que eran nobles, pero muy desgraciadas. Diéronles alimento y vestido, y poco después la cruel madrastra y su hija, que tan duramente habían tratado a la pobre huerfanita, fueron a parar a un hospital, donde murieron miserablemente.

Así se cumplió en ellas la palabra de nuestro divino Salvador:

«Con la vara que midiereis, seréis medidos. El soberbio será humillado».





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quiero saber, amigo buho, si es cierta una cosa que he leído en un recorte de periódico.

—Tú dirás de qué se trata.

—Dice lo que he leído que los muertos egipcios eran enterrados con una porción de cosas, como ropas, muebles, armas, alimentos y otras muchas más.

—Exactísimo.

—Pues si es cierto, ya tienes motivo para nuestra charla de hoy.

—Entre los descubrimientos arqueológicos ninguno ha despertado tanto interés y curiosidad como el de las famosas tumbas donde reposaban las momias de los reyes del antiguo Egipto.

—¿Momias dices? No sé que es eso.

—Momias son los cuerpos de los muertos conservados a través de los siglos por medio de embalsamamientos, vendajes, unturas y otros procedimientos. Los egipcios se daban un arte singular para esto. En las tumbas han aparecido momias reales que conservaban aún los rasgos fisonómicos de la cara, y todos los miembros del cuerpo, acartonados, pero perfectos.

—Bueno; de lo que yo quiero que me hables es de todo ese bazar de cosas que sepultaban en las tumbas. Ahí está mi curiosidad.

—Ciertamente es un bazar de cosas maravillosas lo que acompañaba a los muertos en su última mansión. Entre los egipcios era creencia general que con la muerte moría sólo el cuerpo; pero el espíritu, el conocimiento, la razón y, en una palabra, la propia vida sólo desaparecían de este mundo para trasladarse a otro habitado por los muertos; y para llegar a este otro mundo había que realizar un viaje largo, muy largo, durante el cual era preciso proveer al difunto de alimentos, bebidas, ropas, enseres y, en general, de todas aquellas cosas que en vida fuesen del mayor agrado del difunto. Por esto, en las tumbas de los reyes descubiertas por los arqueólogos han aparecido tronos de oro, carros soberbios, camas suntuosas, ricas telas, estatuas bellísimas y joyas adornadas con magníficas piedras preciosas.

—Pues el hallazgo de una de estas tumbas equivale a encontrar-se un inmenso tesoro.



—No lo dudes; aparte el valor material de los objetos que encierra, es mucho más precioso el valor histórico y el artístico. Estos hallazgos van, generalmente, a enriquecer las colecciones de los Museos.

—Las tumbas tendrían que ser tan grandes como habitaciones para poder encerrar tanto objeto.

—Habitaciones y verdaderos monumentos. Ahí tienes las célebres pirámides, que no son otra cosa que tumbas reales. Y todas las que han aparecido en el famoso valle de los reyes son de enormes proporciones, y todas contenían un sinnúmero de objetos.

—Algunos serán muy curiosos, ¿verdad, buho?

—Entre todos, son los más curiosos unos pequeños bibelotes o minúsculas muñecas que los egipcios llaman «uschebti».

—¿Juguetes, acaso?

—No; su presencia en la tumba estaba justificada por una habilidad que no deja de tener gracia.

—Explicame, que siento gran curiosidad por saber el por qué de estas muñequitas.

—Los egipcios creían que en el otro barrio estaba todo el mundo obligado a trabajar. Esta obligación comprenderás que para muchos resultaría desagradable.

—No me extraña, porque en éste también desagradaba a bastantes.

—Pues bien; para evitar este trabajo idearon los egipcios la estrategia de las muñequitas.

—No entiendo.

—Estas muñequitas eran como una especie de idolillos, muy venerados en vida por el que ya era difunto, y su misión era trabajar por él en el otro mundo. ¿Has comprendido ahora?

—Sigo sin comprender cómo unos muñecos inanimados podían hacer ningún trabajo.

—Pero es que tú no piensas como los egipcios. Si pensases a la usanza de aquellos tiempos, con aquella religión absurda, aquellas costumbres y aquel ambiente de superstición y fanatismo, puede que tuvieses tus idolillos para que te descargasen del trabajo en el otro barrio.

—Afortunadamente, querido buho, no pienso así, ni la cultura que tú me vas dando me permitirá nunca pensar a lo egipcio.

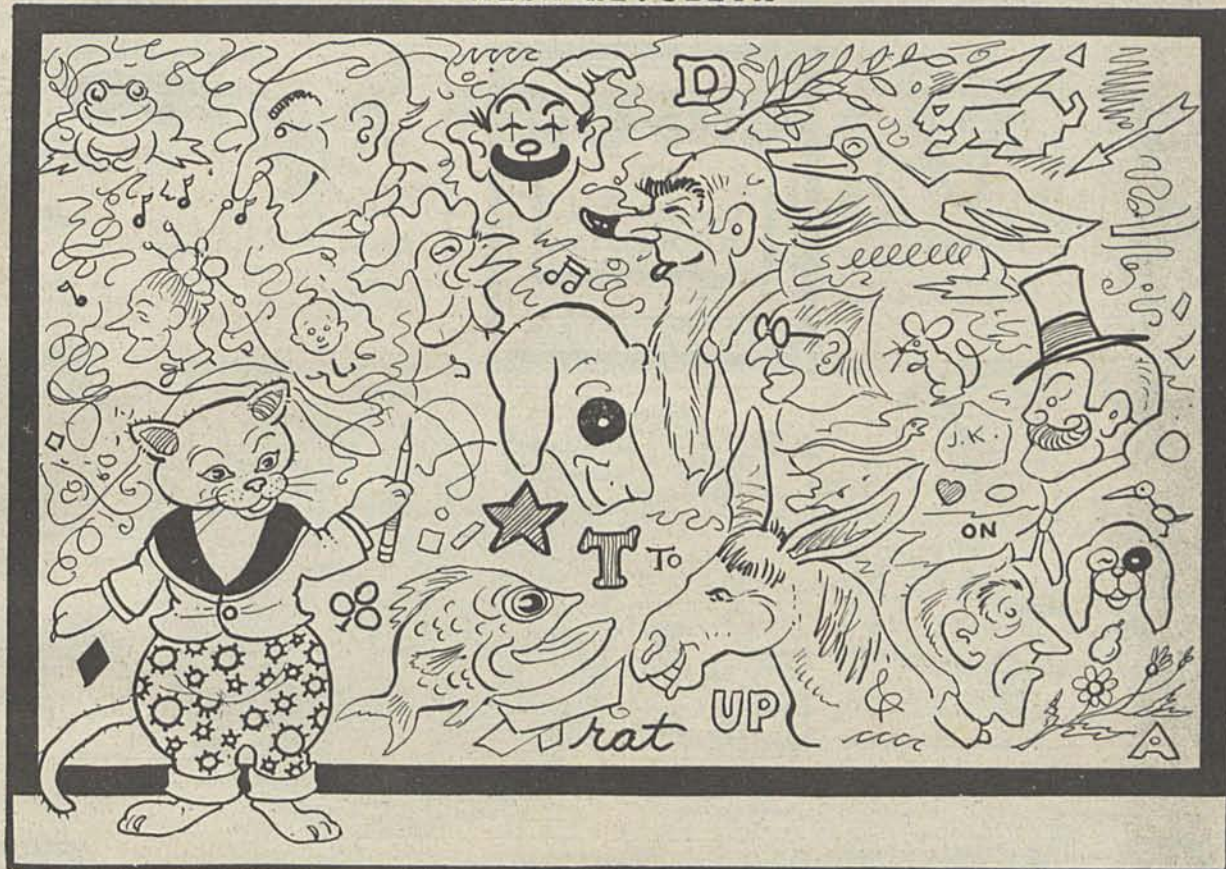
—Y harás muy bien, amigo Chonón.



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

MESA REVUELTA



EL MONO SABIO



Este rompecabezas se le ha ocurrido a este mono. Consiste su solución en trazar tres líneas que partan del número 1 grande y vayan a parar, cada una, a un 1 pequeño. Otras desde el 2 grande a cada uno de los doses pequeños, y otras tres desde el 3 grande a cada uno de los tres pequeños. Estas líneas no deberán tocarse ni cruzarse.

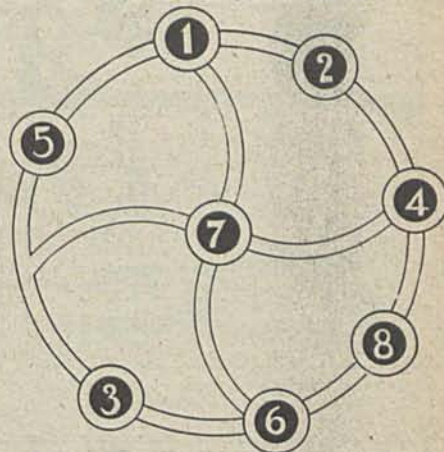
Totó ha volcado la caja de los juguetes para ponerse a jugar. Tiene esta mala costumbre. Por esto llora con desconsuelo. No encuentra la cabrita, ni el osito, ni el elefante.

Si hubiera sacado los juguetes uno a uno, como sin duda hacéis vosotros, no le ocurriría esto. Buscadle vosotros estos tres animalitos y le haréis un gran favor.

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE MAYO 171

Envío del Pinochista D.

ROMPECABEZAS



Tenemos una rueda con ocho fichas numeradas y colocadas en desorden y un lugar vacío. Se trata de, en 17 movimientos, colocar las fichas ordenadamente, quedando vacante el lugar del centro, ocupado ahora por el 7. Para estos movimientos no se puede poner una ficha sobre otra, sino moverlas siempre al lugar que quede vacante.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Pirula.
LUIS AYORA.



Pirula.
MANUEL OLIVERA.



El profesor.
NIEVES BANDRÉS.



Un conejo.
GUILLERMO LAMBRUSCHINI.



¡Vaya mejicano!
JOSÉ ALEMANY.



Piel roja.
E. JARA.



Pinocho, maquinista.
ALEJO DE LA COBA.



De charla.
C. MACHIMEARRENA.



El pueblo de Pinocho.
JUAN ECHEVESTE.



Un «Bugatti» de carreras.
JAIME DE PINIÉS.



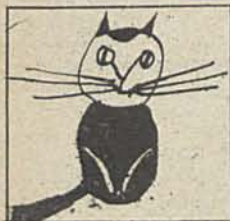
Curriñche y D. Turu.
SOFÍA ARREGUI.



Paloma mensajera.
JOSÉ IBÁÑEZ.



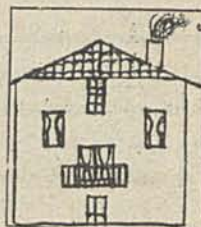
Mi casa de campo.
ANTONIO MONDEJAR.



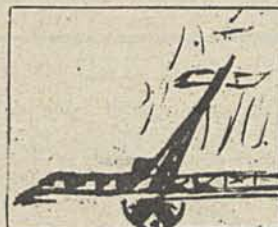
Perlita.
TERESA GARCÍA.



Chapete.
M.ª JESÚS G. RODRIGO.



La casa de mi vecino pan.
COSME GOROSTIZA.



Aeroplano.
ANTONIO FERNÁNDEZ.



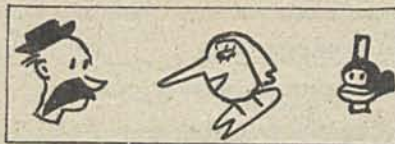
El «Cuba».
JOSÉ ALEMANY.



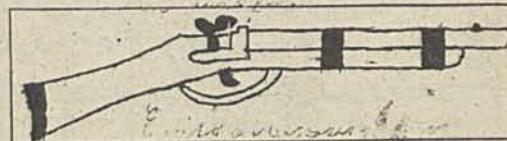
Pinocho, guardia
de la porra.
I. J.



Auto de carreras.
AGUSTÍN GARCÍA.



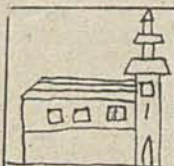
Algunos de mis mejores amigos.
ROMÁN JUGO.



Mi escopeta.
EMILIO MENESES.



El vapor de Curriñche.
ANTONIO GALÁN DEL HOYO.



La ermita de la Chope.
ANTONIO MONDEJAR.



El correo.
JUAN MARTÍNEZ.



Un muelle.
CARLOS SOLÍS.



UN MONO.



UN GIERVO.



UN FOTÓGRAFO Y SU MODELO.



UN FLAMENCO.



UN GALLO.



UN PELICANO.



UN REFRATO.



UN ELEFANTE.



UN TORO.

VIDA PINOCHISTA

Hemos recibido la visita del eretusiasta pinochista y artista consumado Fernandito Esteve Chueca, niño de siete años, que sin más instrumento que unas tijeras (a las que él llama su estoque de matar el tiempo) ha recortado en menos que canta un gallo (pues apenas ha tardado quince minutos) las lindas siluetas que orlan esta página. Pinocho se enorgullece de contar con amigos de tan positivo valor artístico y siente una verdadera satisfacción en honrar sus páginas con trabajos tan perfectos para que sirva de estímulo a los pequeños artistas y de admiración a todos sus compañeros de la gran cofradía pinochista. El Capitán Corretón se ha arrancado lo menos quince gruesas hebras de sus enredadas barbas, envidioso de no poder hacer él, a sus años, primores como éstos. ¡Que se fastidie y que aprenda a dibujar!



La afortunada pinochista de Madrid, Antonia Sanz Cuadrado, a quien ha correspondido el PRIMER PREMIO del gran sorteo de Navidad de 1927, consistente en un

MAGNÍFICO AUTO CITROEN, a quien Pinocho y su gran Consejo felicitan cordialmente.

(Por su mucha extensión nos vemos imposibilitados de publicar la carta de gratitud que Antoñita Sanz nos ha remitido.)

El pinochista Antonio García, que vive en León, Avenida de la Condesa de Sagasta, número 2, desea tener noticias de su amigo el también pinochista José Luis García, de San Sebastián.



UNA JIRAVA.



UN PUERCO.



UN PERRO.



UN GATO.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Rita Poch.—Tu charlotesca carta (charlotesca por el gracioso dibujo de Charlot que campea en su cabecera) nos ha hecho reír a toda la familia pinochista. La pipa, la escoba y el sombrerito de Charles Chaplin tienen la gracia por toneladas, y más graciosos y más bonitos son todavía los dibujos que a ella acompañan y que entran en turno para su publicación. Siempre tuyo.

Antonio Rubi.—Es una verdadera y gran pena que tu precioso dibujo no pueda publicarse por estar hecho con lápiz. Ese mismo trabajo hecho con tinta, hubiese campeado triunfante en las columnas de mi revista. Ya habrás adivinado el remedio, ¿verdad, querido Antonio? Tuyo incondicional.

José García.—Tu magnífico y sentido cuento, «El poder de la abnegación», irá a mi revista en cuanto le llegue su turno. Es un cuento delicadísimo y está inspirado en los más puros sentimientos de caridad. Mi felicitación y un fuerte abrazo.

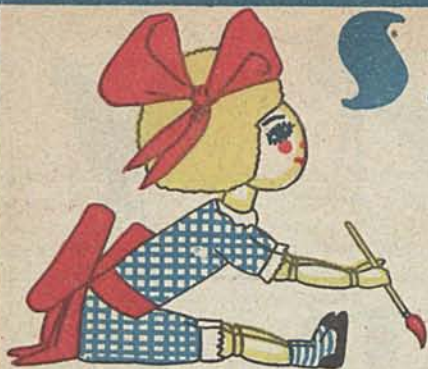
Guillermo Barrera.—Llegaron y triunfaron tus soberbios dibujos y los de tu

hermano Eduardo. Bien, bien y muy bien. A esperar que les llegue el turno y a mandar más cosas. Recuerdos de Currinche, Tin Ton, etc., y muchos abrazos de tu gran amigo.

Pinocho

Sección Pirula

PIRULA, BORDADORA



Para cubrir los huevos. — Acabamos de desterrar las flores — en beneficio de las frutas — del adorno de las habitaciones, y hasta de las personas.

Las pobres están tristes, sin duda; parece como si les hiciésemos un desprecio, a ellas, que desde tiempos inmemoriales vienen siendo en la naturaleza las reinas de la belleza.

Para consolarlas les vamos a asignar un nuevo empleo; y va a ser el de cubrir los huevos pasados por agua para mantenerlos calientes. ¿Por qué para este menester ha de utilizarse siempre una cabeza de gallo?

Ya veis: las frutas sirviendo de adorno y las flores en los platos. ¡Qué gran revolución!

Estas flores, que naturalmente deberán hacerse en doble, formando como una bolsita abierta en su base, se recortarán en paño, o en cualquier tejido de lana, o en franela de algodón; luego se bordan los detalles con lana fina o con algodón brillante de bordar.

Se utilizan colores diversos, siempre que sea posible, adecuados a la flor que se reproduce.

Por ejemplo: el ramillete de violetas se hace en color malva, bordando los contornos de las flores en morado, y con un punto de nudo, amarillo, en el centro de cada flor.

La rosa será roja, con los contornos de los pétalos bordados en negro a punto de cordón.

El lirio, amarillo, bordado en blanco y negro. El pensamiento, morado oscuro y amarillo. La reina margarita, rosa pálido, con los bordes de los pétalos rosa vivo y el centro verde. Las hojas serán verdes siempre.

De esta manera, al presentarles la fuente de los huevos pasados por agua, los comensales pueden creer que se les ofrece un lindo bouquet.

CHARLAS DE PIRULA... REPOSTERA

Golosina de mayo: compota de cerezas. — ¿No es verdad que la cereza parece una fruta «de adorno»?

Bueno, más o menos, lo parecen todas las demás frutas también. Ya en muchas casas, lo mismo que se adorna la sala con flores en los búcaros, se adorna el comedor con frutas dispuestas en copas, fruteros, soperas antiguas, etc., combinando sus colores y sus formas de la manera más armoniosa posible.

(También están muy de moda las frutas de cristal. En otro número os indicaré la manera de fabricarlas sin gasto alguno.)

El efecto de estos adornos frutales es precioso; su aroma no es menos grato que el de las flores..., y desde luego es bastante más apetitoso.

¡Como que estoy viendo que el día menos pensado se pone de moda el utilizar las frutas en el adorno personal!

¿Qué diríais de un racimo de uvas en la cintura de un vestido? ¿O de una mandarina en el pelo? ¿O de un par de albaricoques en la piel? ¿O de un grupito de cerezas en la solapa de la levita?

Este adorno, además, resultaría muy práctico para los largos paseos, para un caso de apuro de hambre o de sed, ¿verdad?

Pues bien: volviendo a las cerezas, repito que me parecen las más decorativas de todas las frutas; hasta dan la impresión de gruesas piedras preciosas, más propias para llevarlas a modo de pendientes — ¡cuántas veces no lo habréis hecho! — o para formar con ellas un collar o una guirnalda, que para comérselas.

Sucede con las frutas lo contrario que con las niñas; y es que, sin dejar de ser bonitas, puede darse el caso de que sean malas, dañinas peligrosísimas.

Claro está que al decir esto no me refiero a la cereza, que es inofensiva — a no ser que se coma por arrobas y dé una indigestión —; pero sí a cierta frutita muy parecida de aspecto a la cereza y que es, sin embargo, un veneno terrible.

Me refiero, en fin, a esa baya silvestre que sin duda conoceréis de nombre, y hasta de vista, llamada «belladonna» o «belladama».

No pocas desgracias ha causado ya la dichosa «belladonna» por su engañoso parecido a las cerezas. Así, se cuenta que en el año 1813, ciento sesenta soldados, hallando en abundancia en su campamento las terribles bolitas rojas y brillantes, se las comieron, y murieron todos a los pocos momentos.

No os cuento esta historia verídica sino a título de mera curiosidad, y no para asustaros e impedir que comáis las frutas silvestres que podáis encontrar en vuestros paseos campestres; sé que sois todas demasiado listas y razonables para cometer tamaña imprudencia.

Pero hablando de la mala «belladonna» me he alejado de la buena cereza, que ya empieza a hacer su aparición sobre nuestras mesas.

¿No? ¿Todavía no habéis comido cerezas este año? No me choca; están todavía quizá poco dulces. Pero no por eso hemos de renunciar a ellas de momento. Nos las comeremos en compota, y ya está.

Esta compota de cerezas puede hacerse como sigue:

Se echa en un perol ciento veinticinco gramos de azúcar y un vaso de agua, y se deja en la lumbre hasta que hierva a borbotones. Se echa entonces medio kilo de cerezas y se dejan cocer hasta que se ablanden. Se colocan entonces en un compotero; se espuma el almibar y se pone a espesar a fuego fuerte; cuando está espeso se vierte sobre las cerezas.

Esta compota adquiere un color y un sabor doblemente gratos si se mezclan cerezas y albaricoques.

Coles de Bruselas. — Se eligen bruselas muy duritas y muy verdes (más o menos, un kilo para tres personas), se cortan los extremos de los rabos y se quitan las hojas marchitas. Se pone en la

lumbre una cazuela con agua y sal en bastante cantidad para que cubra por completo las coles; cuando el agua hierve, se echan las coles y se dejan hervir a borbotones un cuarto de hora sin taparlas para que no se pongan amarillas.

Después de cocidas las coles, se escurren y se ponen en otra cacerola con un pedazo de mantequilla del tamaño de medio huevo, perejil picado, sal y pimienta; se rehogan y se sirven en caliente. Antes de servir las se les puede añadir para darle mejor sabor dos o tres cucharadas de jugo de carne asada. Además, el agua en la cual han hervido puede aprovecharse para hacer una riquísima sopa con patatas.

